

SIMEÓN Y LA MARIMBA HISTORIETA



REPÚBLICA
DEL ECUADOR

Secretaría de Educación Intercultural
Bilingüe y la Etnoeducación





Primera Edición, 2024
© **Ministerio de Educación / Secretaría de Educación**
Intercultural Bilingüe y la Etnoeducación
Av. Amazonas N34-451 y Av. Atahualpa
Quito-Ecuador
www.educacion.gob.ec
www.educacionbilingue.gob.ec

Ministerio de Educación
Secretaría de Educación
Intercultural Bilingüe y la Etnoeducación



Equipo Técnico de la Gestión Interna de la Etnoeducación

Jéssica Sayra De Jesús Chalá
Mario Fernando Chalá Nuñez
Erick Andres Lara Tadeo
Luis Alfredo Caicedo Corozo

Ilustraciones

Carlos David Tapuy Chongo

Diseño y diagramación

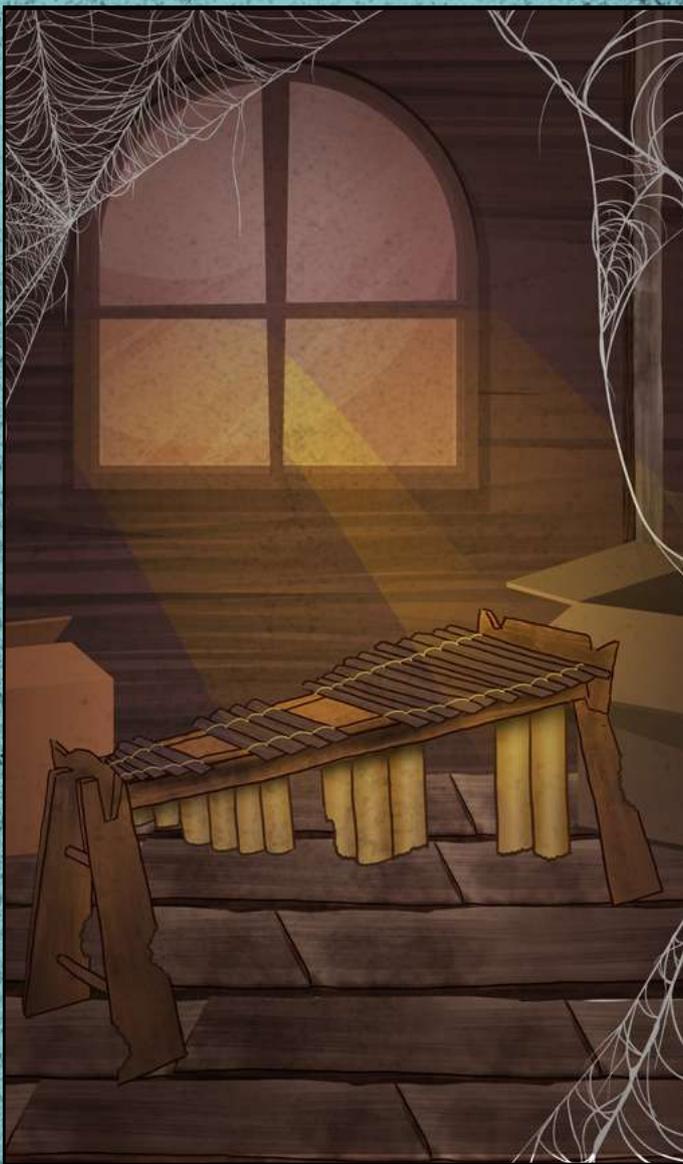
Andrés Felipe Parada Zambrano

DISTRIBUCIÓN GRATUITA
PROHIBIDA SU VENTA

**La reproducción parcial o total de esta publicación,
en cualquier forma y por cualquier medio mecánico
o electrónico, está permitida siempre y cuando sea
autorizada por los editores y se cite correctamente
la fuente.**

Había una vez en un lugar llamado Isla Tatabrero, un hombre muy especial llamado Simeón Ramírez Buila. Todos en el pueblo lo conocían como el Abuelo Simeón. Era un hombre anciano pero lleno de vitalidad, con una sonrisa que iluminaba cualquier habitación. Su sabiduría ancestral y su amor por la naturaleza eran legendarios en la región.





El Abuelo Simeón tenía una pasión secreta: la marimba. Desde joven, había soñado con tocar este instrumento mágico, pero la vida lo llevó por otros caminos y tuvo que abandonar su sueño. Sin embargo, nunca dejó de amar la música y transmitió su amor por la marimba a sus nietos.

Un día, mientras el Abuelo Simeón en compañía de sus tres nietos Raúl, Saúl y Paúl, limpiaban el desván del primo Wilfrido encontraron una marimba dañada y decidieron llevársela a casa para poder repararla.

Con entusiasmo, se pusieron manos a la obra, examinando cada pieza con cuidado y discutiendo entre ellos la mejor manera de devolverle su antiguo esplendor. Juntos, limpiaron el polvo acumulado y repararon las partes rotas con habilidad y paciencia.



El Abuelo Simeón dejó escapar un suspiro nostálgico, Saúl regresando la vista hacia su abuelo le pregunto:



¿Qué sucede abuelo, ver la marimba te trajo algún recuerdo?

Simeón con los ojos fijos en la marimba dijo:



¿Saben ustedes de dónde proviene la marimba?

preguntó el Abuelo, capturando la atención de sus nietos.

No lo sé, la marimba es una especie de piano de madera, ¿o no, Abuelo?

respondió Raúl, con curiosidad evidente en su voz.



¡No exactamente, es mucho más que eso!

exclamó el Abuelo con una chispa en los ojos.

Los pueblos de África Occidental, como los akan de Ghana, que utilizaban xylophones en sus celebraciones y ceremonias rituales, Los bantúes de África Central, cuya cultura musical incluía instrumentos similares a la marimba, como el balafón, que se tocaba en ocasiones ceremoniales y festivas o los pueblos de África Oriental, como los swahilis y los suajilis, también tenían tradiciones musicales que incluían instrumentos de percusión similares a la marimba, aunque con características regionales distintivas.



¿Y cómo llegó a Ecuador?

preguntó Paúl, inclinándose hacia adelante para escuchar mejor.

La llegada de la marimba al Ecuador está vinculada a la historia de la esclavitud y la diáspora africana durante la época colonial. En este período, los africanos esclavizados que llegaron al Ecuador y a otras partes de América trabajaron en plantaciones y en otras labores. Ellos, llevaron consigo su cultura, tradiciones y conocimientos, claro incluyendo la música y los instrumentos que formaban parte de su herencia.

comentó Raúl,
impresionado.

Es increíble cómo
un instrumento
puede tener tanto
significado cultural

Y no está solo en esta tradición”,
(continuó el Abuelo). La música
afroecuatoriana también se
enriquece con otros instrumentos
como el bombo, el cununo y el
guasá.

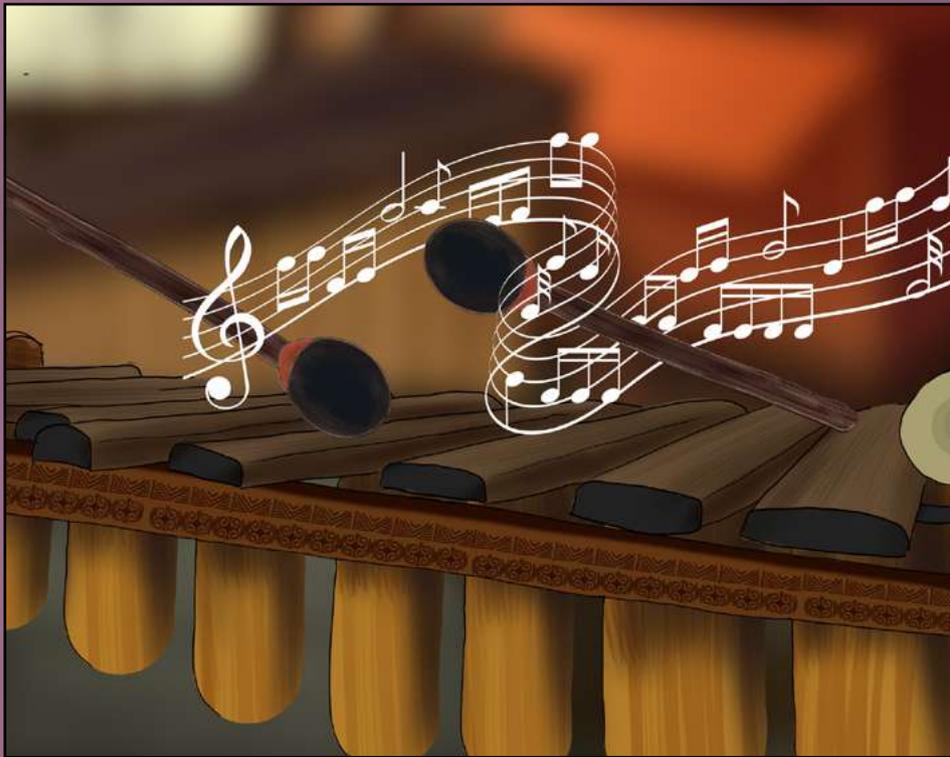
Todos ellos
contribuyen a crear
los ritmos y las
melodías que son
el alma de nuestras
celebraciones.

Los nietos asintieron con admiración,
absorbidos por las historias que
su abuelo compartía con ellos. A
medida que seguían trabajando en la
marimba, sentían una nueva conexión
con la música y la cultura, gracias a
las palabras del Abuelo Simeón.

Con asombro, Raúl, Saúl y Paúl observaron cómo la marimba cobraba vida ante sus ojos gracias a la forma en la que el Abuelo Simeón tocaba. Tomando una postura erguida pero relajada, Simeón emanaba una pasión palpable mientras los tacos o baquetas danzaban sobre las tablas de madera con una destreza inigualable. Sus movimientos, ágiles y precisos, parecían estar dibujando cada nota, sacando de la marimba sonidos que resonaban en el aire como antiguas leyendas.



El ambiente se impregnaba de una atmósfera mística, como si el mismo espíritu de la música habitara el espacio. La luz del sol filtrándose por las cortinas dibujaba sombras danzantes sobre el suelo, mientras el aroma a madera e incienso envolvía el espacio. El sonido de la marimba, dulce y vibrante, llenaba cada rincón de la habitación, como si las propias paredes fueran testigos privilegiados de la melodía que el Abuelo Simeón tejía con sus manos.



Cada nota resonaba con una claridad cristalina, transportando a los oyentes a un lugar donde el tiempo se detenía y solo existía la música y la magia que ella traía consigo. Los nietos, absortos en la maravilla de aquel momento, apenas podían contener la emoción que les embargaba al presenciar el prodigio que su abuelo les ofrecía con cada movimiento de sus manos.

Raúl un adolescente de 13 años de edad, de cabello crespo y gesto inquisitivo dijo en voz alta:

Yo había visto muchos instrumentos en el colegio, pero nunca había visto una marimba tan hermosa, tiene muchos detalles decorativos, es increíble. ¡Miren! En la base están grabadas máscaras, su aspecto parece muy antigua aparte de estos símbolos extraños, ¿Qué podrán significar?



Saúl el hermano mayor,
era un muchacho
larguirucho de hombros
anchos y sonrisa
amable, dijo:



Esas figuras
extrañas se llaman
adinkras.

¿Adinkras?

Dijo Raúl rascándose la cabeza con un
gesto de profundo desconocimiento.



Sí, adinkras, parece que no conoces nada sobre la cultura de nuestros antepasados, los adinkras representan conceptos que entrelazan la vida cotidiana y las creencias filosóficas o religiosas. Estos símbolos son ampliamente utilizados en diversas expresiones artísticas, desde tejidos hasta logotipos y cerámica, y son una parte integral de muchas sociedades del oeste de África.



Cada símbolo encarna un significado profundo y moralizante, como NSOROMMA, que simboliza protección con su significado de “Hijo de las estrellas”, o ODO NNYEW FIE KWAN, que refleja el poder perdurable del amor con su mensaje de “El amor nunca pierde su camino a casa”. Otro ejemplo podría ser ADINKRAHENE, que representa grandeza, carisma y liderazgo. Estos son pequeños ejemplos apenas, la riqueza simbólica de la sabiduría cultural del pueblo afro es inmensa.

Paúl, un joven de contextura delgada, lentes oscuros y rostro brillante, un tanto apático le dijo a Raúl:

El nombre Adinkra proviene del idioma Twi de la rama Akan, y significa "despedida". Una teoría afirma que este nombre estaría asociado a uno de los usos de los símbolos, pues estos decoran algunos de los trajes que se llevan en los funerales o con los que se amortaja a los fallecidos.



Raúl sorprendido por lo que acababa de escuchar, miro a sus hermanos y dijo:

No lo sabía, me gustaría descubrir el significado de todos los adinkras grabados en la base de la marimba ¿me pregunto cómo se fabrica un instrumento tan hermoso?



Con un gesto reflexivo que casi iluminaba su rostro, el Abuelo Simeón se giró hacia sus nietos, quienes se habían reunido a su alrededor con una curiosidad palpable. De forma casi instintiva, se organizaron en forma de círculo.

Con voz cálida y llena de experiencia, el abuelo comenzó el relato de cómo se construye una marimba.



Primero, necesitamos seleccionar la madera adecuada. Debe ser fuerte y resonante, capaz de producir un sonido claro y vibrante. Tradicionalmente, se utiliza madera de chonta o pambil para confeccionar las tablas que posteriormente serán percutidas por los tacos o baquetas para darle vida musical al hermoso instrumento. También se emplea la caña guadua con la que se elaboran los canutos, cada uno con una medida específica que determinan las notas que ayudan a darle resonancia a la sonoridad. Además, para la cama o soporte de la marimba se utiliza madera dura o semidura como el laurel, cedro o amarillo.



Mientras hablaba, el Abuelo Simeón mostraba a sus nietos cómo tallar y dar forma a la madera, utilizando herramientas antiguas que habían pertenecido a sus ancestros. Explicaba cada paso con paciencia y cuidado, asegurándose de que sus nietos comprendieran la importancia de cada detalle en el proceso de construcción.

Con manos expertas, el Abuelo Simeón demostró a sus nietos cómo afinar las tablas de la marimba, ajustándolas con cuidado hasta que produjeran el sonido perfecto. Los niños observaban con fascinación, absorbiendo cada palabra y gesto de su abuelo con admiración.



A continuación, necesitamos afinar las tablas de la marimba. Cada una debe estar ajustada con precisión para producir el tono adecuado. Esto requiere habilidad y sensibilidad auditiva.

Mientras tanto el sol se ponía sobre la Isla Tatabrero, la melodía de la marimba resonaba en los corazones de todos, recordándoles la belleza y el poder de la música.



La tarde se tornó un tanto lluviosa, de entre los matorrales surgió una figura con andar apagado y ceño fruncido, se desplazaba lentamente hasta el centro de la plaza del pueblo.



Aquella figura era un hombre mayor de aspecto famélico y larguirucho, este guardaba cierto parecido con Saúl, pero envejecido. De repente el hombre se sentó allí mismo, en el centro de la plaza, totalmente perdido en el laberinto de su propia mente. En su mirada se podía ver como los recuerdos se envolvían en un manto nebuloso que se resistían a disiparse.

Su llegada provocó un revuelo entre los lugareños, quienes, con gestos de curiosidad y simpatía acudieron en su ayuda, tratando de descifrar el enigma que encerraba su presencia. Entre los habitantes más antiguos del pueblo, surgió una sensación de reconocimiento al ver al hombre que sentado solo sabía repetir infinitamente, Teófilo, Teófilo, Teófilo. Por la forma en la que repetía ese nombre sin cesar los habitantes lo bautizaron con ese nombre, un grupo se congregó en animada charla alrededor de él. El tema de conversación giraba en torno a su misteriosa llegada. Juana, la tejedora del pueblo, agitaba su abanico mientras expresaba su opinión:



Yo creo que Teófilo podría ser un viajero perdido, tal vez un marinero que naufragó en la costa y perdió la memoria debido al golpe en la cabeza.

Javier, el panadero, fruncía el ceño pensativo



No estoy tan seguro, Juana. ¿Qué tal si es un músico errante que perdió su camino en busca de inspiración? Después de todo, la música de la marimba parece despertar algo dentro de él.

María, la curandera del pueblo, interrumpió con un destello de emoción en sus ojos:



¿Y si Teófilo es un descendiente perdido de alguna familia antigua del pueblo?

Marcelo el esposo de la curandera del pueblo dijo:



Tal vez solo sea un loco, desorientado y perdido, mírenlo detenidamente su aspecto es el de alguien que ha vagado por mucho tiempo.



La conversación se animó aún más con las hipótesis que se lanzaban de un lado a otro. Algunos sugerían que Teófilo podría ser un exiliado político en busca de refugio, mientras que otros especulaban que podría ser un artista en busca de inspiración. Sin embargo, todos coincidían en una cosa: Teófilo representaba un misterio que debía ser resuelto para poderlo ayudar.

En medio de las conjeturas y las suposiciones, una cosa era segura: la llegada de Teófilo había despertado la curiosidad y la imaginación de los habitantes de la Isla Tatabrero, quienes estaban ansiosos por descubrir la verdad detrás de este enigma envuelto en el misterio del pasado.



La lluvia había cesado y sol se deslizaba lentamente hacia el horizonte, pintando el cielo de tonos dorados y rosados mientras el Abuelo Simeón y sus nietos Raúl, Saúl y Paúl se preparaban para trasladar la marimba a la plaza principal. La tarea no era fácil, pero con determinación y esfuerzo, lograron moverla cerca de la plaza.

Mientras Paúl observaba con curiosidad al hombre desconocido que se encontraba en el centro de la plaza, no pudo evitar hacer una broma a su hermano Saúl:

¡Mira Saúl, ese hombre guarda un gran parecido contigo! ¿Será que tienes un gemelo perdido por ahí?



Saúl rio, jugando junto a su hermano, pero su risa se desvaneció cuando notó la mirada preocupada del Abuelo Simeón. Al ver el semblante alterado del anciano, Saúl se sintió inquieto, preguntándose qué podría estar causando su preocupación.

De repente, el Abuelo Simeón, con los ojos llenos de lágrimas y el corazón latiendo con fuerza, corrió hacia la plazoleta donde se encontraba el hombre desconocido. Al borde de romper en llanto, lo llamó por su nombre:



¡Teófilo!



Soy yo,
Simeón tu
hermano,
dijo con voz
temblorosa.



¿Acaso no me
recuerdas?

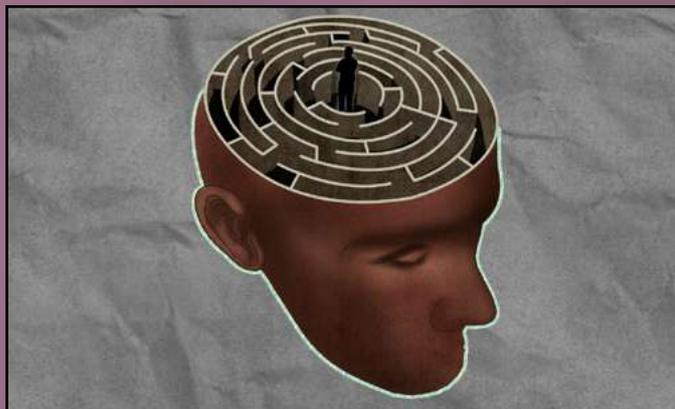
El hombre desconocido se volvió hacia el Abuelo Simeón con una expresión impasible, sin mostrar ni el más mínimo gesto de reconocimiento. El Abuelo Simeón tomó sus brazos buscando desesperadamente una chispa de reconocimiento en sus ojos.

Mientras tanto, el pueblo observaba con atención lo que ocurría en la plaza, murmurando entre ellos sobre el inesperado encuentro entre el Abuelo Simeón y el hombre desconocido.

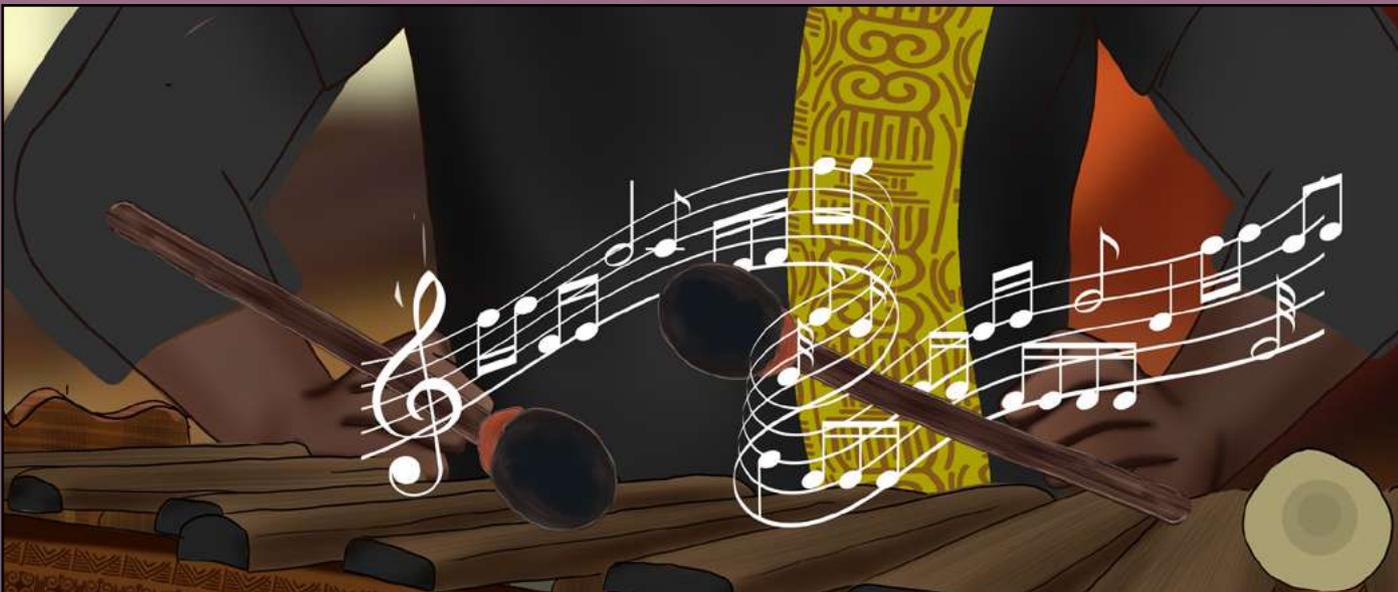


Mientras los nietos movían la marimba, Raúl, el más travieso de los tres, dejó escapar un sonido inesperado al tropezar con una de las tablas. Este pequeño percance hizo que Teófilo, dirigiera su atención hacia la marimba, como si el sonido despertara algo dormido en su interior.

Viendo la reacción de Teófilo, el Abuelo Simeón, perdido en sus pensamientos, tuvo una idea. Sin decir una palabra, se acercó a la marimba y comenzó a tocar con todo su corazón, desatando una melodía que envolvió la plaza en un halo de magia y emoción.



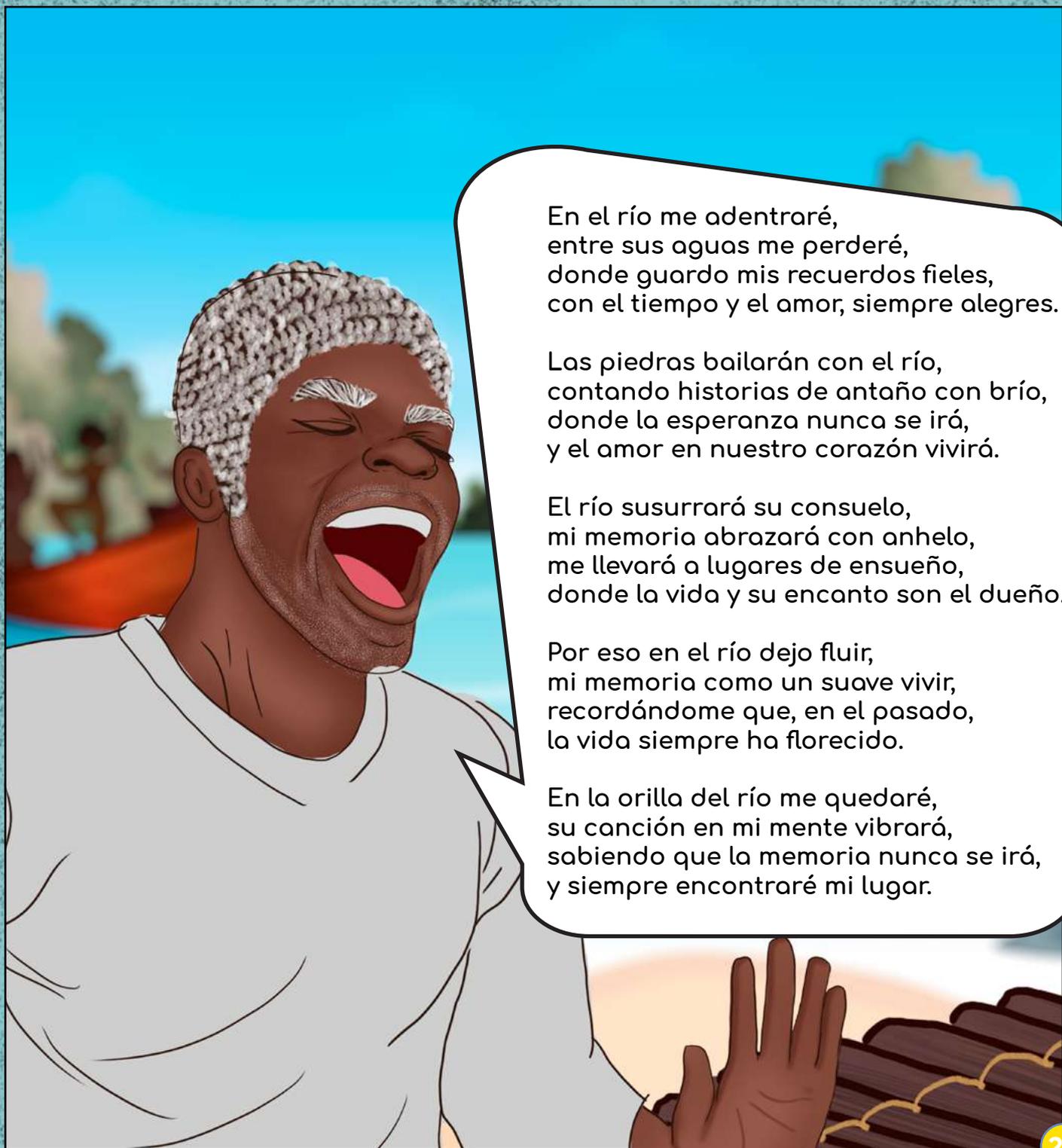
De repente, Teófilo comenzó a reaccionar a la música, acercándose al Abuelo Simeón con pasos vacilantes. Observó la marimba detenidamente, como si buscara una respuesta en sus intrincados diseños. Sin mediar palabra, el Abuelo Simeón le entregó las baquetas a Teófilo, recordando los días de su infancia cuando juntos aprendieron a tocar arrullos en la marimba.



Teófilo con manos temblorosas tomó las baquetas, sintiendo la familiaridad de su peso en sus dedos, con cada nota que tocaba, los nubarrones en su mente comenzaron a despejarse, permitiendo que los recuerdos sepultados resurgieran a la superficie.

Entonces, Teófilo comenzó a tocar, dejando que sus manos siguieran el ritmo de su corazón. Poco a poco, la música fluyó de él con una maestría y una pasión que sorprendieron a todos los presentes. Con voz clara y melodiosa, comenzó a cantar un arrullo:





En el río me adentraré,
entre sus aguas me perderé,
donde guardo mis recuerdos fieles,
con el tiempo y el amor, siempre alegres.

Las piedras bailarán con el río,
contando historias de antaño con brío,
donde la esperanza nunca se irá,
y el amor en nuestro corazón vivirá.

El río susurrará su consuelo,
mi memoria abrazará con anhelo,
me llevará a lugares de ensueño,
donde la vida y su encanto son el dueño.

Por eso en el río dejo fluir,
mi memoria como un suave vivir,
recordándome que, en el pasado,
la vida siempre ha florecido.

En la orilla del río me quedaré,
su canción en mi mente vibrará,
sabiendo que la memoria nunca se irá,
y siempre encontraré mi lugar.

En ese momento, el pueblo se quedó en silencio, maravillado por la música que emanaba de la marimba y la voz de Teófilo. Era como si el pasado y el presente se fusionaran en un único y vibrante momento de conexión con las raíces más profundas de la comunidad.



Después del emotivo abrazo entre Simeón y su hermano Teófilo se sucedieron las presentaciones formales con los nietos, Teófilo se sintió abrumado por una sensación de familiaridad que no había experimentado en mucho tiempo. Raúl y Saúl, aunque inicialmente distantes, comenzaron a entablar conversación con él, descubriendo similitudes y recuerdos compartidos que los acercaban más de lo que imaginaban.

Los pobladores que se encontraban en las mediaciones de la plaza observaban con asombro y admiración lo que había sucedido con Teófilo, el abuelo Simeón y sus nietos. Juana, la tejedora del pueblo, comentaba con entusiasmo a sus compañeros tejedores cómo la música de la marimba había unido a la familia en un abrazo emocionante, tejiendo lazos de amor y reconciliación que perdurarían en la memoria del pueblo.



Javier, el panadero, intercambiaba sonrisas y gestos de aprobación con los clientes que se habían detenido a escuchar la música. Para él, aquel encuentro era un recordatorio de la importancia de la familia y las tradiciones, ingredientes esenciales que daban sabor a la vida del pueblo y que debían ser valorados y compartidos con generosidad.

María, la curandera, observaba la escena con una mezcla de alegría y nostalgia, recordando cómo la música había sido siempre una parte integral de las ceremonias de sanación y celebración en su comunidad. Comentaba con su esposo sobre la belleza de ver a Teófilo encontrar su camino de regreso a casa, reconectándose con sus raíces y su familia a través de la música y las tradiciones que habían sido parte de su crianza.



El esposo de María asentía con una sonrisa, compartiendo el sentimiento de orgullo y pertenencia que inundaba el aire en la plaza. Para él, aquel momento era una prueba palpable de la fuerza y la resiliencia de su pueblo, capaz de superar cualquier obstáculo cuando se mantenía unido por el amor y el respeto mutuo. Juntos, observaban cómo Teófilo y su familia compartían un abrazo final, sabiendo que aquel encuentro había dejado una huella imborrable en el corazón de todos los presentes y fortalecidos los lazos que los unían.

Mientras tanto, el abuelo Simeón observaba con alegría la interacción entre Teófilo y sus nietos, sintiendo cómo las piezas perdidas de su familia finalmente se reunían. La marimba, testigo silencioso de tantas historias familiares, parecía vibrar con una energía renovada mientras compartían recuerdos y risas, como si estuviera celebrando la reunión de generaciones perdidas.



Con una voz aún temblorosa por la emoción, Teófilo habló sobre su viaje de regreso a casa después de tanto tiempo perdido en el laberinto de su propia mente. Reconoció que, a pesar de todas las dificultades, las tradiciones y la música seguían siendo el hilo que lo conectaba con sus raíces y su gente.

Honrando la cultura afrodescendiente que los había unido a lo largo de generaciones, cada nota resonaba con la fuerza de una historia compartida. En ese momento, comprendieron la importancia de mantener vivas las tradiciones, no solo como una forma de preservar la herencia cultural, sino también como un lazo indestructible que los conectaba con sus seres queridos, pasados, presentes y futuros.



Y así, entre risas y música, se selló el vínculo con cuatro palabras de Teófilo.

He vuelto a casa.

FIN.



ecuador



Secretaría de Educación Intercultural
Bilingüe y la Etnoeducación



@MinisterioEducacionEcuador
@SEIBE_ec



@Educacion_Ec
@SEIBE_ec

www.educacion.gob.ec

www.educacionbilingue.gob.ec